

EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 27.—1.º Julio 1860.

Este periódico sale todos los domingos.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.

SUMARIO.

Los albatros, por P. V.—Estudios sobre los primitivos tiempos de la Rusia, por don V. Bartranes (conclusion).—A la paz (poesia), por don Antonio Corzo y Barrera.—Pascual Bruno, por A. Dumas.—Una gloria póstuma.—Un amor sin esperanza, por don R. R. de Mendoza (conclusion).—¡Todos somos hermanos! (poesia), por don Joaquín María de Tejada.—Historia de tres casamientos, por don A. A. de Sotomayor (artículo segundo).—La mariposa, por don Juan Bautista Ferrer.—Cantos populares de Suecia, por E. Comas y Soler.—Himno al Excmo. señor capitán general de la isla de Cuba, compuesto por don José Zorrilla.—Locucion histórica: parece un autócrata, por don V. Joaquín Bastús.—El monte de San Bernardo.—Variedades.

LAMINAS. Los albatros.—Castillo de Taymouth.—Vista de la ciudad de Berna.—Parque de Inzikkoben.

LOS ALBATROS.

Los albatros son las mayores y mas pesadas aves que vuelan sobre la superficie de los mares: sus alas extendidas tienen de diez á once pies, y su enorme cuerpo ha hecho que se les den los nombres de *carneros del Cabo* y de *navios de guerra*.

Se encuentran en toda la inmensa estension de océanos que separa el continente americano del Asia y del Africa, pero con especialidad en los mares australes, y sobre todo en los mas próximos al Cabo de Buena Esperanza, entre las islas de hielo que flotan en su superficie hasta la Nueva Holanda y hasta la costa N. O. de América. Hacia el mes de junio, se trasladan en numerosas bandadas desde los mares de la China y del Japon hasta los parajes helados del Kamtchatka y del estrecho de Behring donde su llegada precede inmediatamente á la de otras bandadas no menos numerosas de peces viajeros. Colócanse allí en la boca de los rios, en que abunda el alimento, y pronto se ponen tan gordos, como flacos están á su llegada. Pocas veces se detienen estas aves en tierra, y están dias enteros volando sin cansarse. Los albatros, no obstante su grande estatura, su fuerza y su poderoso pico, son muy cobardes, y se dejan perseguir y vencer por otras especies mucho mas débiles.

P. V.

ESTUDIOS

SOBRE LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA RUSIA (1).

(Conclusion).

Cuando trata un ostiako de casarse, busca entre sus parientes ó amigos, un como si dijéramos padrino, que vá con él á la cabaña del padre de su novia. Este al verlos entrar adivina el objeto de su visita y los obsequia con halago. Al fin del convite vá á otra cabaña, desde donde el amante envia con su padrino las proposiciones al padre de la novia, proposiciones por lo comun relativas á la dote, que suele consistir en pieles, dándose á las doncellas ricas hasta ciento y mas.



Los albatros.

Cerrado el trato, acude el novio á la *yurta* del padre á entregar la mitad de la dote, y se le entrega á su vez la novia por una sola noche, que se llama la *noche de prueba*; pero no tiene derecho á llevársela hasta que acaba de pagar la dote. El novio al otro dia puede exigir una res, de la madre de la novia, si esta no le satisface completamente en la noche de prueba.

Mientras no tiene hijos una muger casada, evita cuidadosamente el ver al padre de su marido, asi como el marido, evita ver á la madre de su muger; y si por acaso se hallan suegro y nuera, ó suegra y yerno, la muger se cubre el rostro y el ostiako se vuelve de espaldas.

El papel que desempeñan las mugeres en semejante pais es tan bajo, que no se diferencia mucho del de los animales domésticos. Nunca oyen una palabra amorosa; pero tampoco, sin consentimiento de su padre, se ven castigadas nunca, sea su falta la que sea. Cuando los maridos las castigan sin esta formalidad, tornan á la casa paterna, y obligan al padre á devolver la dote y á buscarle otro marido.

No son menos estrañas las costumbres de los ostiakos, respecto á la muerte.

Los amigos y parientes del difunto le visten su mejor traje y le esponen, por decirlo asi, en un hoyo de poca profundidad, colocando á su lado un cuchillo, una hacha y una caja llena de tabaco. En torno al hoyo, sentadas las mugeres y los hombres de pie, lloran, gritan y se cubren el rostro. Esta rara esposicion dura poco tiempo.

Al entierro van hombres solos si el difunto es hombre, y mugeres, si es muger. Una diminuta canoa sirve de ataud, cortándole los dos extremos que hace á popa y á proa. En un paraje elevado cavan la sepultura, y colocan al muerto con la cabeza al Mediodia.

Terminada la ceremonia se celebra un banquete allí mismo, repartiéndose las sobras entre los vecinos del difunto.

Como todo gran capitán y como hombre de primer orden, tuvo tambien Juan III sus miras de legislador, si bien ocupado, como de continuo anduvo, en estender su territorio y deshacerse de enemigos, ni pudo emprender cuantas reformas reclamaba el estado de su pueblo, ni todas las que emprendió se consolidaron y arraigaron. Aquel embrión de razas salvajes, aquel heterogéneo conjunto de hombres diversos con diversas tendencias y costumbres, si bien semejantes todos en la barbarie; mal unidos por un brazo fuerte, pero no por una misma religion, que es el lazo que con mas poder estrecha á las criaturas entre sí, y las hace amarse y tenerse por hermanas; aquel pueblo, repetimos, ni podia ser reformado por un solo hombre, ni menos en el espacio de un reinado, que sino corto, fué guerrero por demás y lleno de empresas y alteraciones.

Una de sus medidas tuvo, sin embargo, tanta influencia sobre la suerte de la Rusia, que á ella debió, antes quizá que á las conquistas de Pedro el Grande, el poderío y la grandeza que adquirió despues.

Es cosa que pasma en verdad, estudiando la historia filosóficamente, cómo van por un mismo camino y casi por los mismos pasos, los héroes que nacen con la mision de engrandecer á su patria; pero mas de admirar es que emprendiera este camino un bárbaro ignorante, que tenia debajo de su imperio la nacion menos culta, y por lo tanto menos ocasionada á mudanzas de sus leyes. Con abolir la costumbre de dar estado con señorío absoluto á los príncipes de la sangre, hizo Juan III lo que habian de hacer en España los Reyes Católicos años adelante, y en Francia el cardenal de Richelieu en el siguiente siglo XVIII; que fué dar vigor al poder real á costa del poder de la nobleza. No eran mas peligrosos á sus estados respectivos los grandes maestros de las órdenes españolas, ni los grandes feudatarios franceses, que lo eran á la Rusia aquellos señores poderosos, ramas del mismo tronco real, que lo tenían sin sa-

(1) Véanse los números 18, 20, 21, 22 y 24.

via, por decirlo así, repartiéndose el territorio y la fuerza moral del rey, dejándole solo á este recelos de que faltando el equilibrio, le gára á encontrarse á merced suya.

Cuántas catástrofes, cuántos trastornos hubiesen traído sobre la Rusia las alteraciones del derecho de sucesión, no parece que necesitemos repetirlo, pues se vé que unas veces protegía la legitimidad, otras la usurpación, y no era sino muy rara vez cuando se acordaba con las necesidades del pueblo.

Juan III, como sábio, dispuso que en adelante la sucesión fuese directa de padres á hijos, que era y es lo mas conveniente en las monarquías despóticas, cuando no pueden existir sin este atributo como aquella. Demás de esto, formó un código de leyes harto estimable para aquel tiempo, que solo habia la *pravda* de Jaroslaw, diez y ocho artículos que sus hijos le habian añadido antes de su enemistad, y otra *pravda* del siglo XIII, cuyo autor es un misterio histórico.

Con esto se vió la Rusia como por ensalmo regenerada, y acudian á Moscow, cosa nunca vista, embajadores de Alemania, de Italia, de Turquía, de Polonia, de Dinamarca y Suecia, con cuyos soberanos trabó pacíficas relaciones Juan III.

Reinaba en el estado el orden, las artes mecánicas nacían, y el amor al anciano rey se anidaba en todos los pechos junto con la esperanza de tiempos prósperos, pues él, con la inteligencia y con la espada, habia destruido los mayores gérmenes de perdición. De esta fecha data tambien la buena nobleza rusa, la nobleza de sangre, donde se refundieron las familias soberanas de los Principados.

Juan III, que se habia casado en segundas nupcias con Sofia, nieta de Manuel Paleólogo, emperador de Oriente, pudo, pues, morir tranquilo y satisfecho en 1505 á los sesenta y seis años de su edad y treinta y tres de reinado, que ya quedaba la Rusia capaz de grandes cosas, y no habia de pasarse medio siglo sin que tomaran sus sucesores el título de *Czar* ó emperador, asentando sólidamente el poder absoluto, como lo tomó y asentó Juan IV Wasiliewitch, que llaman tambien Basírides (1), á su advenimiento al trono en 1534, después del reinado de Basilio Juanowitz (hijo de Juan III), que solo de paso merece mencionarse.

Historiadores hay que cuentan á este Juan Basírides el *Cruel*, por el soberano mas famoso que hubo hasta el siglo XVII, fundados en que sujetó á los tártaros de Casan, que soportaban mal el yugo de la Rusia, y se hizo dueño absoluto de la Siberia; pero como su abuelo Juan III le habia abierto ya el camino á estas conquistas, parecen que andan exagerados los tales historiadores, sobre que en las empresas grandes lo es mayor el imaginarlas y emprenderlas con gloria que el rematarlas con bravura. Ni tampoco se debe poner en olvido, que los sucesores de los reyes famosos se encuentran preparados los elementos todos, hombres engendrados á su propio calor, y un espíritu en el pueblo levantado y al propósito.

Terminada la sumisión de Casan en 1554, fuéle, pues, facilísimo penetrar hasta Astracán, reino situado en las estepas ó llanuras pantanosas, que confinan al Sud con la Caucasia y el mar Caspio, y al Oeste con el país de los cosacos del Don. Lo poblaban los kalmukos y los kirgisos. Esta conquista acabó de acercar á sus manos la Siberia, inmenso país de 540,000 leguas cuadradas, extension mucho mayor que la Europa entera; pero que hoy todavía está casi desierto, á causa de su clima, estremado en los rigores (2).

A principios del siglo XVI habia fundado allí Coutechoum-khan, descendiente de Genjis-kan, un imperio que empezaba apenas á consolidarse, cuando Yermak y seis mil cosacos del Don, de quien era cabo, perseguidos por Basírides, subieron las orillas del Volga hasta la embocadura del Kama, y atravesando el Tchoussavaia, llegaron á la falda occidental de los montes Ourales.

El imperio llamado de Touram, que era el de Coutechoum-khan, se extendia desde las crestas de estos montes hasta el nacimiento del Jenissei, y su capital estaba situada sobre poco mas ó menos donde hoy Tobolsk.

Llegó á la capital Yermak, tras no pocas batallas y heroicidades; pero las fatigas, el hambre y las epidemias habian reducido sus cosacos á quinientos. Viéndose, pues, imposibilitado de rematar su conquista, envió uno de los

suyos á Juan Basírides, brindándole con ella. Como era de esperar, no se hizo el ruso de pencas, y la vuelta del cosaco fué con un ejército, que acabó de someter el país.

Yermak no pudo gozarse en su obra, pues habia muerto al pasar un río, antes de la llegada del refuerzo. Para que el lector se imagine las dificultades de esta empresa, basta decir, que los soldados del *veliki iban de trecho en trecho edificando reductos y aun fuertes donde abrigarse, pues de lo contrario, los tártaros hubieran dado de ellos buena cuenta.*

Lo que además de esto hizo Basírides, fué pelear bravamente con los livones, y quitarles muchos pueblos y habitantes con ayuda del gran maestre de la orden teutónica; pero en cambio, el palatino de Wilna le ganó á orillas del Nieper una famosa batalla en 1564; y los polacos, juntos con los suecos, al mando de Estéban Batory, le redujeron á tal estrechura en 1580 y 81, que tuvo que hacer una paz suplicada y vergonzosa, poniendo por intercesor al Papa y restituir humildemente sus conquistas de la Livonia.

Dos reformas introdujo en Rusia que merecen especial mencion, porque forman época en sus anales; el águila doble por divisa, y el título de *Czar* para los soberanos. Lo primero fué imitación de los emperadores de Oriente, que aludian con esto á sus dobles derechos al Oriente y al Occidente. Tambien por aquel tiempo lo ostentaban en sus estandartes dos órdenes de caballería: la teutónica y la de San Juan de Jerusalem.

El título de *czar*, que significa rey, segun unos, y emperador segun otros, era asiático, aunque algunos escritores hayan pretendido ver en él una corrupcion del *César* romano; pero mas probable parece que traiga su origen de los shahs de Persia, tanto mas cuanto que los soberanos de Casan y otros reinos de la Crimea se llamaban *tzars* ó *tchares*, etimología que salta á los ojos, como se dice vulgarmente, y aun hoy muchos puristas, asi rusos como extranjeros, escriben *tsar*, demostrando el acierto de nuestra hipótesis. Además, entre los oficiales rusos que cayeron prisioneros en la batalla de Narva en tiempo de Pedro el Grande, contábase el asiático Mitcleski, *czarowitz* ó hijo del *czar* de Georgia, que nos parece irrecusable prueba de lo que venimos asentando.

Bajo cierto punto de vista elevado nada ha sido tan dañoso á la Rusia como su vecindad con dos pueblos heterogéneos que alcanzaban su misma situacion, y el anhelo por conquistarlos que siempre tuvo. Estos dos pueblos son la Turquía y el Asia.

Los gérmenes de perdición que encerraba el Bajo Imperio cuando los rusos empezaron á revolverse, por decirlo así, en la órbita de su nacionalidad, exacerbados y emponzoñados si esto es posible por la conquista turca, que sustituyó la cruz griega de Santa Sofia con el signo horroroso de Mahoma, y mas aun que la conquista turca las hondísimas divisiones y guerras crueles que sostuvieron los griegos, ya con franceses, ya con persas, ya con españoles de Aragon, no podian menos de contagiarse y corromper tambien á un pueblo naciente, que se miraba en Constantinopla como en un espejo. Los vicios de la degenerada raza latina de los Augústulos juntamente con la barbarie y el fanatismo de los Bayacetas y Tamorlanes, infiltrándose en una sociedad en embrión que habia recogido las heces de otra barbarie, ¿no debieron de influir muy malamente en el desarrollo del carácter ruso? Es cosa fuera de duda.

En este continuo flujo y reflujo de contradictorias influencias, en esta comunicacion moral y material con las madrigueras asiáticas, la civilizacion indígena (si puede llamarse civilizacion aquel modo de ser primitivo) retrocede ó adelanta, al par que el Asia vence ó es vencida. En las costumbres es donde esto se ve mas claro.

Después de la conquista de Juan III pierden las rusas su colorido un tanto patriarcal, y adquieren un bárbaro refinamiento á la manera tártara. Vuelve á triunfar el Asia; el espíritu moscovita se reconcentra en sí mismo á impulsos de la adversidad, y las antiguas costumbres prevalecen; pero por desgracia viene á ocupar el lecho real una muger de la sangre de los Paleólogos, llamando la atención de los rusos á Constantinopla, donde se representaba el corruptor espectáculo de la bárbara raza scita pisoteando á la envilecida raza del Lacio. Barbarie y degradacion eran á la Rusia muy simpáticas. ¿Cómo sus instintos no habian de asimilarla á ellas? Era imposible.

Los lazos con que Atila y Alarico habian unido á las razas hermanas del septentrion, no podian romperse con tanta facilidad; el odio que los degenerados gigantes del Occidente sintieron en sus corazones al saludar por primera vez á Roma desde la orilla del Danubio, no se podia extinguir sin el transcurso de muchos siglos, siglos que quizás no han pasado todavía.

Juan III y Juan IV, pues, ocupan en la historia rusa un lugar de tal naturaleza, que el historiador europeo no acertaría bien á ensalzarlos ni deprimirlos. Parece como que cumplen una mision providencial, soldando entre sí las razas septentrionales, y poniéndoles al par el sello enemigo de nuestra patria comun. A Europa, sin embargo, la ha salvado y siempre la salvará su civilizacion.

V. BARRANTES.

A LA PAZ.

ODA.

No basta al orgulloso
mortal enquir la soberana frente,
y al bruto poderoso
como al insecto vil vencer potente;

no basta á su ambicion tender la vista,
y dominar con su razon suprema
cielos, y tierra, y mar: á otra conquista
mayor aspira en su locura estrema;
y:—¡Hombres! esclama con orgullo insano;
¡llamadme vuestro rey, no vuestro hermano!

Atónita le escucha
la humanidad, y en bandos dividida
principio dá á la lucha
implacable, sangrienta, fraticida.
Trueno el cañon; á su estampido fiero
el ¡ay! responde del que herido llora;
el hombre contra el hombre alza su acero,
y en vano el débil compasion implora!
Ni derechos, ni límites, ni valla
hay para el combatiente en la batalla!

Luchando de continuo
la pobre humana grey su tumba cava,
y es su eterno destino
clamando ¡libertad! vivir esclava:
ya la justicia y su derecho invoca,
ya de la religion el nombre santo,
y solo á tedio y lástima provoca
contemplar tanto horror, estrago tanto,
cuando es su único fin, con otro nombre,
culto rendir á la ambicion de un hombre!

Ved la madre afligida
buscar entre cadáveres al hijo,
cuya preciosa vida
cuidaba un tiempo con afán prolijo:
vedla llorar sin tregua y sin consuelo,
vedla llorar, y maldecir la guerra,
y demandar en su dolor al cielo
tumba en la tumba do su amor se encierra.
—¿Cómo has de dar así, llorando grita,
frutos de bendicion, patria maldita?

El fecundante arado
deja el labriego en el inculto suelo,
y cambia denodado
azada por puñal, dicha por duelo:
los prodigios del arte, aras divinas
que el hombre alzó para asombrar la tierra
derrúmbanse á su voz; sobre las ruinas
su trono encumbra el númen de la guerra,
y admira de sus impetus por fruto,
llanto y desolacion, estrago y luto!

Mas ¿por qué el pavoroso
cuadro disipa con su ardiente llama
un rayo luminoso
que por el orbe entero se derrama?
Música dulce por doquier se escucha,
cantos de bendicion y de alegría;
cesa en la tierra la implacable lucha,
cálmase el afanar de la agonía,
y brilla el sol en el confin de Oriente
cual brilló en el Eden, claro y riénte!

El hombre arrepentido
gozoso invoca y por doquier propaga
un nombre bendecido
que entre las brisas murmurando vaga.
¡Paz! esclaman el jóven y el anciano;
¡paz! las doncellas entusiastas gritan;
el plebeyo, el patricio, el soberano,
la verde oliva en confusion agitan;
y una voz misteriosa: —¡Criaturas!
esclama, ¡gloria á Dios en las alturas!

¡Con qué santa alegría
la madre al hijo su contento espresa!
—¿Eres tú, vida mia?
loca repite, y le acaricia, y besa.
Deja el esposo la homicida espada,
y á su consorte fiel colma de abrazos,
y ya la humanidad desagraviada
unida en dulces, fraternales lazos
logra que olvide el huérfano su pena,
ventura hallando en la ventura agena!

Los campos que la guerra
yermos dejó, de nuevo reverdecen,
y en la surcada tierra
flores y frutos á porfia crecen;
muestra la mar tranquila en lontananza
oro y prosperidad al navegante,
que abandona su hogar con la esperanza
de verle rico un día, y abundante;
y hace la humana industria en sus talleres
acopio de molicie y de placeres.

(1) No acertamos á comprender cómo haya podido introducirse en la historia rusa este nombre griego, sobre todo en una época en que los rusos no fijaron sus miradas en Constantinopla. Ni tampoco la religion tuvo en su reinado tanto desarrollo ó sufrió tanto menoscabo, que por alabanza ó por mofa pudiera darle el pueblo el nombre de Basírides, que seria como decir el griego.

Pudo ser muy bien que el pueblo le aplicase este mote, por la etimología que con error se atribuye al título de *czar*, como después veremos; pero otros soberanos imitaron á los de Oriente con más exageracion, sin merecerle burlas. ¡Burlas el pueblo ruso de su soberano!

Tambien nos ocurre, que la influencia asiática pudo quizás afiliar á Juan IV en la escuela gnóstica de Alejandria, fundada en el siglo II por el persa Basírides, gnosticismo que no dejaba de tener puntos de contacto con el culto griego, establecido en Rusia. Como hasta el siglo V habia existido en la Turquía asiática, y aun en el Asia misma, no es difícil que algunos restos subsistieran entre las tribus que conquistó Juan Basírides. Tambien se debe de tener presente que su abuela era griega, como ya dicho, y que en estas pequeñas cosas tenemos que atenernos á probabilidades.

(2) Tan cierto es esto, que en pocas horas se advierte una diferencia de veinte grados del termómetro de Reamur. Siguiendo una paralela de Moscow, que está á los 56 grados de latitud, se sienta por intervalos un frio como el que hiela el mercurio, y calores casi tan fuertes como los del Senegal. (V. el art. *Siberia* del *Diccionario de la Conversacion*.)

Catalina la Grande, con una candidez que en ella parece crueldad, brindó con la Siberia á los emigrados franceses de 1793, para que fundasen colonias; «pero ellos», dice don Luis del Castillo en su *Compendio cronológico*, la dieron infinitas gracias por tan generosa oferta, y no la admitieron.»

El atrevido artista
combina con afán gratos sonidos,
ó recrea la vista
con sus colores en el lienzo unidos.
Vate inspirado, en cuya noble frente
brilla la luz del genio soberana
deja su alma volar en un torrente
de armonía sin fin, pura y lozana!
y el cielo sus esfuerzos galardona
dándole de laurel digna corona.

¿A quién, á quién no admira,
bendita paz, tu sin igual belleza?
¿Quién por tí no suspira?
¿Quién no rinde á tu encanto su altiveza?
La casta virgen y el mancebo amante,
la ardiente juventud y la abatida,
temblorosa vejez, ver tu semblante
plácido anhelan que á gozar convida,
por tí acatando á la alta Providencia,
que á nosotros te envía en su clemencia.

¡Dulce paz! ¡bienhechora
calma á que el orbe sin cesar aspira!
¿podrá cuánto te adora
decir cantando mi entusiasta lira?
¿Podrá decir sin profanar tu nombre,
que eres mitad de la terrena gloria,
y que el mejor monarca será el hombre
que el mas digno lugar te dé en su historia?
¿Podrá decir al universo cuánto
dolor le evitas y amargura y llanto?

¡Ay! en vano procura
llegar á tanto mi cansado acento:
ardes con luz tan pura
que al quererla cantar, fáltame aliento!
Poeta mas ilustre diga al mundo
lo que calla mi núnem abatido;
que yo entretanto en éstasis profundo
diré oyendo tu nombre repetido:
—¡Gloria al Señor que la maldad aterra!
¡Paz á sus criaturas en la tierra!

ANTONIO CORZO Y BARRERA.

PASCUAL BRUNO.

Por A. Dumas.

(Continuacion.)

II.

Gemma volvió á caer sobre la butaca, y á esa aparición y á esas palabras siguió un instante de silencio, durante el cual tuvo tiempo de dirigir una mirada rápida y tímida al extraño que acababa de introducirse en el aposento de un modo tan singular é inusitado.

Era un joven de veinticinco á veintiseis años, que pertenecía al parecer á la clase popular: llevaba sombrero calabrés, rodeado de una ancha cinta que caía ondulando sobre sus hombros; una chaqueta de terciopelo con botones de plata, unos calzones de lo mismo y con idénticos adornos; su talle iba ceñido con una de esas fajas de seda encarnada con bordados y franjas verdes que se fabrican en Messina, á imitación de las de Levante. Por último, unos botines y unos zapatos completaban aquel traje montañés que no carecía de elegancia y que parecía escogido para hacer resaltar las bellas proporciones del que lo usaba. En cuanto á su rostro, era de una belleza salvaje: notábanse en él esas facciones tan marcadas del hombre meridional, ojos fieros y atrevidos, cabellos y barba negros, nariz aguileña y dientes de chacal.

No debió tranquilizarse Gemma con este exámen, porque estendió su brazo hácia la mesa, y adivinando el extraño que lo que buscaba era la campanilla de plata, díjole dando á la voz esa espresion de infinita dulzura á que tanto se presta la lengua siciliana:

—¿No me habeis oído, señora? No quiero haceros daño alguno, y muy lejos de eso, si me concedéis lo que os voy á pedir, os adoraré como á una virgen; ya que sois tan hermosa como la madre de Dios, sed tan buena como ella.

—¿Pero qué quereis de mí? dijo Gemma con trémula voz aún, y cómo entráis así en mi casa á semejante hora?

—Si os hubiera pedido una entrevista, á vos, noble, rica y amada de un hombre que casi es un rey, ¿es probable que me la hubieseis concedido á mí, pobre y desconocido? Decídmelo, señora: por otra parte, aun cuando os hubierais dignado hacerlo, podiais tardar en responderme, y yo no tenia tiempo de aguardar.

—¿Qué puedo hacer por vos? dijo Gemma tranquilizándose por grados.

—Todo, señora; porque teneis en la mano mi desesperación ó mi dicha, mi muerte ó mi vida.

—No os comprendo; explicaos.

—Teneis á vuestro servicio una muchacha de Bauso.

—¿Teresa?

—Sí, Teresa, dijo el joven con trémula voz; ahora bien: esa joven se vá á casar con un ayuda de cámara del príncipe de Carini, y esa joven es mi prometida...

—¡Ah! ¿con qué vos sois?

—Sí; conmigo iba á casarse cuando recibió la carta que la llamaba á vuestro servicio. Prometió serme fiel, hablaros de mí, y si desechabais sus ruegos, venir á buscarme: yo la esperaba; pero se han pasado tres años, y como ella no ha vuelto, yo he venido. A mi llegada lo he sabido todo, y entonces me ha ocurrido venir á arrojarle á vuestras plantas para pedirlo á Teresa.

—Teresa es una muchacha á quien quiero y de la cual no deseo separarme. Cayetano es el ayuda de cámara del príncipe, y casándose con él, la tendré á mi lado.

—Si es condicion precisa, entraré al servicio del príncipe, dijo el joven visiblemente violentado.

—Teresa me habia dicho que no queriais servir.

—¡Es verdad! Pero si ello es preciso haré ese sacrificio por ella; solo que me gustaria mas alistarme en sus Campiari que entrar de criado.

—Está bien; hablaré al príncipe, y si lo consiente...

—El príncipe querrá cuanto vos querais, señora; no suplicais, sino que mandais; lo sé.

—¿Y quién me responderá de vos?

—Mi agradecimiento eterno, señora.

—Además, debo saber quién sois.

—Soy un hombre cuya felicidad ó desdicha podeis labrar; á esto se reduce todo.

—El príncipe querrá saber cómo os llamais.

—¿Qué le importa mi nombre? ¿Lo conoce acaso? ¿Ha llegado nunca hasta los oídos del príncipe el nombre de un pobre aldeano de Bauso?

—Pero yo soy del mismo pais que vos; mi padre era conde de Castelnuovo y habitaba una pequeña fortaleza á un cuarto de legua de la aldea.

—Lo sé, señora, respondió el joven con sorda voz.

—Pues bien, debo conocer vuestro nombre. Decídmelo y veré lo que debo hacer.

—Creedme, señora condesa, vale mas que lo ignoreis; ¿qué importa mi nombre? Soy hombre de bien, haré feliz á Teresa, y si preciso fuera, me haré matar por el príncipe y por vos.

—Vuestra obstinacion es estraña, y tengo tanto mas empeño en saber vuestro nombre, cuanto que tambien Teresa á quien se lo pregunté, me lo ha negado. Os advierto que nada haré sin esa condicion.

—¿Así lo quereis, señora?

—Lo exijo.

—Pues bien, os lo suplico por última vez.

—O decid quien sois, ó salid; dijo Gemma con ademán imperativo.

—Me llamo Pascual Bruno, respondió el joven con voz tan serena que parecia haberse desvanecido en él toda emocion, si al verle tan pálido no se hubiese conocido que padecía interiormente.

—¡Pascual Bruno! exclamó Gemma, retirando su butaca; ¡Pascual Bruno! ¿Sois acaso el hijo de Antonio Bruno, cuya cabeza está en una jaula de hierro en el castillo de Bauso?

—Soy hijo suyo.

—Y bien... ¿Sabeis por qué la cabeza de vuestro padre está allí?

—Pascual calló.

—Pues bien, continuó Gemma, es porque vuestro padre quiso asesinar al mío.

—Todo lo sé, señora. Tambien sé que cuando niña os paseaban por la aldea vuestras doncellas, y vuestros criados os enseñaban aquella cabeza diciéndoos que era la de mi padre que habia querido asesinar al vuestro; pero lo que no os decian, señora, era que vuestro padre habia deshonrado al mío.

—Mentís.

—Castígueme Dios si no digo la verdad, señora; mi madre era hermosa y de talento, el conde la amó; mi madre resistió todas las proposiciones, todas las promesas, todas las amenazas; pero un dia en que mi padre habia marchado á Taormina, la hizo robar por cuatro hombres, transportándola á una casita que le pertenecía entre Limerio y Furnari, y que ahora es taberna... Allí... allí, señora, fué deshonrada mi madre.

—El conde era señor y amo de la aldea de Bauso: todos sus habitantes le pertenecian, y honraba mucho á vuestra madre amándola...

—Mi padre, á lo que parece, no opinó de la misma manera, dijo Pascual frunciendo las cejas, sin duda porque habia nacido en Strilla, tierra del príncipe de Moncada Paterno, por lo cual hirió al conde; la herida no fué mortal, lo cual he sentido durante mucho tiempo; pero hoy, con vergüenza mia, me alegro de ello.

—Si mi memoria es fiel, vuestro padre, no tan solo fué castigado como asesino, sino que vuestros tios fueron enviados á presidio.

—Habian dado asilo al asesino, lo habian defendido cuando fueron los esbirros á buscarle; y por eso, considerados como cómplices, mi tio Plácido fué enviado á Favignana, mi tio Pedro á Lipari y mi tio Pepe á Vulcano. Yo era muy niño, y aunque tambien me prendieron, fui devuelto á mi madre.

—¿Y qué ha sido de vuestra madre?

—Ha muerto.

—¿Y dónde?

—En la montaña, entre Pizzo de Goto y Nisi.

—¿Por qué se habia marchado de Bauso?

—Para que no viésemos cada vez que pasábamos por delante del palacio, ella la cabeza de su marido, yo la cabeza de mi padre. Sí, murió allí, sin médico, sin sacerdote; fué enterrada fuera de sagrado, y yo fui su único sepulturero. Entonces, señora, espero que me lo perdoneis; en la tierra recién removida, juré vengar á toda mi familia á la cual sobrevivía yo solo, porque no cuento ya á mis tios en el mundo, y juré, señora, vengarme en vos, que sois la única tambien de la familia del conde. ¡Pero qué quereis! Yo me enamoré de Teresa; abandoné mis montañas para no volver á ver la tumba á la cual iba siendo perjuro; bajé al llano,

me aproximé á Bauso, y aun hice mas: cuando supe que Teresa se marchaba del pueblo para entrar á vuestro servicio, pensé servir al conde. Traté de aluycantar esta idea, pero al fin me acostumbré á ella y resolví venir á veros. Ya os he visto, y aquí me teneis desarmado y suplicante ante una persona á quien no debia presentarme sino como enemigo.

—Ya comprendéis, respondió Gemma, que es imposible que el príncipe tome á su servicio un hombre, cuyo padre ha sido ahorcado y cuyos tios están en presidio.

—¿Por qué no, señora, si ese hombre consiente en olvidar que todo ha sido injusto.

—¡Estais loco!

—¿Señora condesa! ¿sabeis lo que es un juramento para un montañés? ¿Pues bien! Falsearé mi juramento. ¿Sabeis lo que es la venganza para un siciliano? Pues bien, renunciaré á mi venganza. No deseo otra cosa mas que olvidarlo todo, y no me preciseis á acordarme de ello.

—¿Qué hariais en este caso?

—No quiero pensarlo.

—Bien está. Tomaremos en vista de ello nuestras medidas.

—Os lo suplico, señora condesa; sed bondadosa para mí; ya veis que hago cuanto está de mi parte, á fin de ser hombre honrado. Una vez al servicio del príncipe, una vez casado con Teresa, respondo de mí... Además, no volveré á Bauso.

—Es imposible.

—¿Señora condesa, habeis amado? (Gemma sonrió desdenosamente). Debeis entonces saber lo que son celos. Debeis saber cuánto se padece y cuán loco vuelven. ¿Pues bien! Amo á Teresa; estoy celoso, y conozco que perderé la razon si este matrimonio no se efectúa, y entonces...

—¿Entonces?

—Entonces, cuidado con acordarme de la jaula en que está la cabeza de mi padre, de los presidios en donde viven mis tios y de la tumba en que duerme mi madre.

En este momento un grito estraño, que parecia una señal, se oyó al pie de la ventana y poco despues sonó una campanilla.

—Ahí está el príncipe, exclamó Gemma.

—Sí, sí; ya lo sé; dijo Pascual con sorda voz; pero antes que llegue á esa puerta, teneis tiempo para decirme si. Os lo ruego, señora; concededme lo que pido; dadme á Teresa; colocadme al servicio del príncipe.

—Dejadme pasar, dijo imperiosamente Gemma adelantándose hácia la puerta; pero lejos de obedecerla, Bruno corrió el cerrojo.

—¿Os atreveis á detenerme? exclamó Gemma asiendo el cordon de la campanilla. ¡Socorro! ¡Socorro!

—No llameis, señora, dijo Bruno conteniéndose, porque ya he dicho que no queria haceros daño. —Oyóse al pie de la ventana un segundo grito igual al primero. —Bien está, bien está; Allí, eres un vigilante fiel, dijo Bruno. Sí, ya sé que el conde viene y escucho sus pisadas en el corredor. Señora, señora, os queda un instante, un segundo, y no se verificarán las desgracias que preveo.

—¡Socorro, Rodolfo, socorro! gritó Gemma.

—¡Con que no teneis corazon, ni alma, ni piedad, ni para vos ni para los demás! dijo Bruno asiendo sus pelos con las manos, y mirando la puerta que era sacudida con esfuerzo.

—Estoy encerrada, continuó diciendo la condesa, cobrando ánimo con el auxilio que recibia, —encerrada con un hombre que me amenaza. ¡Socorro, Rodolfo, socorro!

—No amenazo, sino que ruego... y ruego todavía... pero ¡ya que lo quereis!...

Bruno dió un rugido de tigre, se arrojó sobre Gemma para ahogarla entre sus manos indudablemente, porque carecia de armas. En el mismo instante se abrió una puerta oculta en el fondo de la alcoba; sonó un pistoletazo, el aposento se llenó de humo y Gemma se desmayó.

Cuando volvió en sí, hallábase en los brazos de su amante; su vista se dirigió con espanto alrededor del cuarto, y cuando pudo dirigir una palabra dijo:

—¿Qué ha sido de ese hombre?

—No lo sé; sin duda no le acerté, respondió el príncipe; pues mientras saltaba yo por encima de la cama, él salia por la ventana; y como os ví desmayada, no me cuidé de él sino de vos. Sin duda no le di, repitió mirando alrededor del cuarto; y sin embargo, es estraño, no veo el balazo en los tapices.

—Hacedle perseguir, exclamó Gemma, y no haya perdon ni piedad para ese hombre, porque es un bandido que queria asesinar me.

Se hicieron pesquisas durante toda la noche por la quinta, los jardines y la playa; pero en vano. Pascual Bruno habia desaparecido.

Al siguiente dia se descubrió una huella de sangre, que comenzaba al pie de la ventana y se perdia en el mar.

(Se continuará.)

UNA GLORIA PÓSTUMA.

El doctor Molden habia arrendado una preciosa casa de campo en los alrededores de Londres, con objeto de restablecer la salud de uno de sus hijos que acababa de salir de una peligrosa enfermedad, y se hallaba todavía sumamente débil. Allí se trasladó su familia, en cuya compañía pasaba el doctor los cortos instantes que sus numerosos enfermos le permitian. Mistress Edward, hermana de la esposa de Molden, vino á reunirse á ellos, euando la muerte de su marido la dejó libre. Esta excelente muger, despues de ayudar á su hermana Ana en los cuidados que exigia el estado del pobre niño que habia disputado á la muerte, ahora que ya

se hallaba fuera de peligro, y la tranquilidad y la dicha restablecida en la familia, pasaba los días enteros recorriendo las cercanías con objeto de descubrir las desgracias y miserias ocultas, dulcificándolas hasta donde lo permitían sus facultades y los impulsos caritativos de su corazón.

Al declinar la tarde de un bello y caluroso día, llegó el doctor, lo cual produjo la mayor alegría en toda la familia, que se hallaba reunida en la sala. Ana sentada junto al piano, hacia tocar á su niña Emma una piececita que había aprendido para obsequiar á su papá; mientras costaba todo el trabajo del mundo hacer guardar silencio á Jorge, el hermoso convaleciente, que estaba medio recostado sobre las rodillas del doctor. De repente el brillo de un relámpago y el ruido del trueno lejano hicieron estremecer á todos.

—Temo que vamos á tener una espantosa tempestad, dijo Molden, levantándose á cerrar las vidrieras. El viento, como si hubiera querido darle la razón, sopló con fuerza, y remoloneando el polvo y la lluvia oscureció repentinamente la atmósfera.

—¡Dios mío! exclamó

Ana tocando con fuerza la campanilla, temo que mi hermana aún no haya vuelto. Un criado se presentó.

—¿Mistress Edward ha vuelto de su paseo? preguntaron á un mismo tiempo con la mayor impaciencia Ana y el doctor.

—Todavía no, contestó conmovido el criado, que comprendió la inquietud de sus amos. ¿Quieren Vds. que vaya á buscarla?

—Me parece inútil, Dick, contestó su ama, puesto que ignoramos el punto á donde se ha dirigido. Pero en cuanto llegue, avisame.—Dick saludó á sus amos y se retiró.

Mientras tanto la tempestad se declaró con una violencia terrible; á cada momento el cielo se abría para arrojar torrentes de fuego, y el trueno conmovía la quinta haciéndola temblar hasta los cimientos.

El doctor y Ana, con la vista fija en las ventanas y en la puerta, observaban con mortal sobresalto, del que también participaban los niños, los cuales al menor ruido interior corrían hacia la escalera, creyendo siempre que anunciarían la vuelta de su querida tía.

Mas de una hora pasaron así, y ya la tempestad principiaba á calmarse, cuando un campanillazo, que resonó en sus oídos, los conmovió á todos, que corrieron al encuentro de la persona con tanta impaciencia esperada.

Era efectivamente Mistress Edward; pero en qué estado venía, gran Dios! El vestido calado, el cabello suelto y chorreando, y manifestando en su aspecto una impaciencia y agitación estremadas.

—Por fin eres tú, Kett, exclamó el doctor que fué el primero que la vio; múdate al momento de ropa, pues podría producirte malas resultas permanecer mojada mucho tiempo.

—No se trata ahora de mí, doctor, respondió Mistress Edward, cogiendo á Molden de la mano, sino de una desgraciada que se muere sin remedio. ¡Oh! venid corriendo á socorrerla.

Nunca el honrado Molden permanecía indiferente á tales llamamientos; así es que sin cuidarse de la lluvia que todavía caía á torrentes, y olvidando los saludables consejos que un momento antes daba á Kett, se apresuró á seguirla.

Mistress Edward arrastraba al doctor con tal violencia, que ni aun le permitía reflexionar; y así llegaron en cosa de un cuarto de hora á una casita, medio destruida por el huracán, la cual apenas podía resguardarles de las furiosas ráfagas del viento, y de la lluvia que no cesaba. Entraron en un cuarto, cuyas puertas bamboleándose, y los cristales de las ventanas rotos permitían al viento penetrar de un modo espantoso.

En el ángulo mas resguardado yacía sobre unas pajas la pobre joven. A pesar de su mortal palidez, se descubrían en su rostro las huellas de su juventud y hermosura. Tenía los ojos cerrados, las mejillas hundidas, y los labios lívidos y secos. Un perrito faldero estaba acostado en su seno, en estado, al parecer, tan desesperado como el de su ama, y sin embargo el pobre animal lamía, aunque con trabajo, la cara de su desgraciada compañera de dolor, como queriendo darle la última prueba de su adhesión y fidelidad.

El vestido de la joven, aunque muy viejo, manifestaba pertenecer á una persona decente, y cuando el doctor cogió su blanca y pequeña mano para pulsarla, se convenció de que no podía ser una pobre jornalera, condenada á ganar la vida con el sudor de su rostro.

Las estremidades de la infeliz enferma estaban ya frías, pero su corazón conservaba algún resto de calor, y latía, aunque débilmente, gracias sin duda al contacto de su fiel perrito. Sin embargo, Mistress Edward y el doctor con sus grandes esfuerzos consiguieron volverla á la vida. Los criados, conforme se les había mandado, llegaron por fin con



Castillo de Taymouth.

unas parihuelas, en las cuales colocaron á la joven y á su perrito, conduciéndolos á la quinta, donde la buena Ana hizo al momento preparar una cama muy caliente, para su nueva huésped.

Durante muchos días se desconfió de su vida; pero su juventud y la buena asistencia triunfaron por fin. Ana compadecida de la fidelidad del lindo perrito á su ama, se encargó de cuidarle y también consiguió salvarle.

Es imposible pintar la tierna escena que ofreció la primera entrevista del fiel animal con la pobre convaleciente. No dudamos que hubiera arrancado una tierna lágrima al ojo del estóico mas frío é indiferente. El doctor y su familia que la presenciaron, se enternecieron hasta el fondo del alma.

—Aquí teneis mi único y verdadero amigo, dijo la enferma con voz débil; los demás me han abandonado: con todo, no tengo derecho á quejarme, puesto que les di el ejemplo, añadió con un suspiro.

—Tranquilízate, hija mía, dijo Mistress Edward con dulzura, los recuerdos suelen perjudicarnos; no te cuidas ahora mas que de vivir; mira todas esas hermosas plantas que adornan tu ventana, y son el emblema de la juventud; pues como dice un poeta...

—¡Oh! por piedad, señora, no me hable V. de poesía, exclamó la enferma, cuyos ojos y mejillas se inflamaron, porque la poesía ha causado todas mis desgracias, y á ella debo el haber caído moribunda sobre la paja donde me encontrasteis. Allí probablemente hubiera muerto de hambre y de miseria sin vuestros cuidados, vuestra generosidad y vuestras bondades, ¡y aun no he cumplido veinte años!

—¡Pobre joven! exclamó la buena Ana cogiéndola la mano con una ternura casi maternal, ¡tan joven y haber sufrido tanto! Pero has encontrado buenos amigos, y cuando te hales mas restablecida nos contarás tus penas para que te ayudemos á sufrirlas. Ahora lo que importa es que no pienses mas que en tu salud, si no quieres ser ingrata y afligir á los que te aman y te cuidan.

La enferma llevó la mano á Mistress Molden á sus labios, dirigiéndola al mismo tiempo una mirada tiernísima de agradecimiento; luego tomó una bebida preparada por el doctor, y se durmió dulcemente como un niño en los brazos de su madre.

La convalecencia de la joven enferma marchó con rapidez, hasta que por fin Molden la encontró bastante fuerte para permitirle echar una dolorosa mirada sobre lo pasado contándole su historia.

«Soy, les dijo, la hija de un respetable y rico colono del condado de Perth. Pocos años despues de mi nacimiento tuve la desgracia de perder á mi madre, y mi padre, que todavía era joven, no tardó en volverse á casar.

«Los primeros meses de su nuevo matrimonio no fueron demasiado tristes para mí, porque mi madrastra me manifestó algún cariño. Pero en cuanto tuvo un hijo todo su afecto se convirtió en odio y malos tratamientos, viniendo á ser yo, no solo el juguete de ella, sino tambien de mi hermanito. Mi padre todavía me amaba; pero su carácter era tan débil y bondadoso, que su nueva esposa adquirió sobre él un dominio casi absoluto, de suerte que se contentaba con compadecerme, sin tener valor para consolarme.

«A pesar de tan malos tratamientos mi salud era buena, y mi inteligencia y mis gracias juveniles se desarrollaban de día en día, de suerte que todos nuestros vecinos me amaban y compadecían.

«Inmediato á la quinta de mi padre había un hermoso castillo, el de Taymouth, en el cual residía Mistress Wilkins, señora viuda y sin hijos. Oyendo hablar de mí, hubo sin duda de interesarla mi triste situación, pues una maña-

na envió á llamar á mi padre.

—«Darsie, le dijo, sé que teneis una linda hija, la niña Peggy, que segun dicen, es muy desgraciada en vuestra casa por el mal trato que sufre de vuestra infame esposa. Traédmela, pues quiero encargarme de su educación.

«Mi padre saludó á la señora y se retiró sumamente confuso, pensando en los medios de que se valdria para participar aquella novedad á su esposa, temiendo, no sin razón, que seria capaz de oponerse á lo que él llamaba *mi buena fortuna*. Lo que habia previsto sucedió efectivamente. Mi madrastra se encolerizó del modo mas violento, y protestó que preferiria arrojarme al mar, á enviarme á Mistress Wilkins. Por fortuna mi padre tuvo un momento de firmeza, no para discutir, sino para obrar, y sin cuidarse de los gritos y exasperación de su compañera, empaquetó mi ropa, me cogió de la mano y nos encaminamos al palacio.

«No os hablaré de los primeros años de mi juventud; la dicha se prueba y se disfruta, pero no puede referirse.

«Desgraciadamente mi querida bienhechora, no

cuidándose de lo venidero, me dió una educación muy superior á mi rango en el mundo, y cuando la muerte vino á llevarse, tan repentinamente que no tuvo tiempo para asegurarme una suerte independiente y feliz, me vi reducida á la posición mas triste y desgraciada que puede imaginarse. Durante los alegres días que pasé en compañía de Mistress Wilkins me apliqué mucho á la poesía, cosa que tenia loca á mi bienhechora, y yo creía complacerla procurando desarrollar mi disposición natural á versificar, y el éxito por desgracia correspondió á mis esperanzas.

«Mis primeros ensayos poéticos se publicaron en los periódicos de las cercanías, y como los amigos de mi protectora los hacían insertar y los elogiaban, me consideré una moderna Safo. Por eso cuando se calmó el dolor cruel que me causó la muerte de mi bienhechora, levanté con orgullo la cabeza, persuadida de que mi talento me pondría pronto en estado de recobrar la posición que acababa de perder. Despedíme, pues, tiernamente de mi padre, y partí para Lóndres con el bolsillo vacío; pero el corazón repleto de porvenir y de esperanzas.

«Lo primero que hice cuando llegué á la capital fué presentarme á uno de los principales libreros, persuadida de que bastaría pronunciar mi nombre para que me recibiese con entusiasmo.

«Miss Peggy Darsie... os juro, me dijo, mirándome con sorpresa, que ignoro absolutamente quien sea esa señora.

«Soy yo, señor, repliqué avergonzada, y debeis haber visto mis obras en los periódicos del condado de Perth.

«El pobre hombre hasta ignoraba que tales periódicos existiesen.

«Incomodada con lo que llamaba yo su inconcebible estupidez, salí furiosa de su librería; pero no fui mas dichosa en otra, antes por el contrario, me recibieron con mas grosería, de suerte que volví á mi modesto hospedaje estenuada de cansancio, y con el alma sumamente abatida.

«La necesidad, sin embargo, me prestó fuerzas, y dirigí una circular á todos los editores de periódicos, acompañando algunas muestras de mi talento, y ofreciéndoles mis servicios como colaboradora; pero ninguno se dignó contestarme.

«El tiempo se pasaba en diligencias infructuosas, y con él desaparecía el poquísimo dinero que habia traído. ¿Qué partido tomar? ¿Qué iba á ser de mí en aquella ciudad inmensa, en la cual no tenia un solo protector ni apoyo alguno? ¡Ah! me encontraba sola en medio de Lóndres, presa de la mas espantosa miseria.

«Fatigada y enferma de tanto andar, pues habia recorrido las calles llamando á todas las puertas que creía podrían abrirse para mí, tomé la resolución de no salir mas, y esperar la muerte, única esperanza que me quedaba. Solo entonces, y sin la exaltación que nos sostiene, meditaba sobre mi suerte en el miserable recinto que me servía de refugio, y en donde todo concurría á representar á mi vista la horrible realidad de mi desgracia y abandono. Ya habia vendido para sostener mi desdichada existencia mi reloj, mi cadena, algunas alhajas y baratijas que habian pertenecido á mi bienhechora, y que conservaba como reliquias, y toda mi ropa, excepto la que llevaba puesta.

«El hambre, la terrible y cruel hambre vino á sacarme de mi apatía y abatimiento. Entonces tuve miedo de morir; la muerte que habia llamado á grandes gritos me pareció espantosa, recorrí las calles de Lóndres implorando la caridad pública, y viví algunos días de limosna, considerándome dichosa sino recogía, á la vuelta de algunos ochavos, injurias y ultrajes.

«En vano busqué trabajo, pues no sabia hacer nada ab-



Vista de la ciudad de Berna.

solamente. Por fin pensé en mi padre, en el país de mi nacimiento, en mi madrastra, que no me parecía ya tan cruel, pues al menos me daba comida y cama, y me puse en camino para recobrar lo que en aquella aflicción me parecía la suprema felicidad. Pero mis fuerzas no correspondieron á mis deseos, y caí desahucada de debilidad en la miserable casita, en la cual, sin mi pobre perrito, que me preservó de la muerte, permitiéndome esperar vuestros generosos auxilios, hubiera concluido á los veinte años una existencia triste y descolorida.»

Kett y Ana abrazaron á Peggy Darsie, dándole las gracias por la confianza que les había dispensado, contándole todos sus infortunios.

—¿Y qué piensas hacer ahora, pobre joven? le preguntó Mistress Edward.

—Volver á casa de mi padre, señora, y permanecer en el punto que el cielo me ha destinado.

—¿Serás fiel á tu resolución aun después de leer esto? le preguntó el bueno de Molden, mostrándole un periódico que tenía en la mano.

Peggy lo tomó, y sus mejillas se tiñeron de encarnado al leer un párrafo, en el cual se refería del modo más dramático, que una joven poetisa de las mayores esperanzas, Miss Peggy Darsie, acababa de morir de miseria y abandono en una pobre cabaña á orillas de un camino real. A continuación insertaban como notables y dignas de un grande ingenio, las composiciones que á su llegada á Londres remitió á todos los periódicos, y que ninguno se dignó insertar en sus columnas.

Peggy guardó silencio algunos instantes.

—Sí, seré fiel á mi resolución, dijo por fin: me conceden la gloria porque me creen muerta; pues bien, permaneceré muerta para conservarla.—Al día siguiente la pobre joven se despidió de sus nuevos amigos del modo más tierno y afectuoso, y se puso en marcha para el condado de Perth.

Pasados algunos años, se presentó en Londres á visitar al doctor y á su familia una hermosa y rica labradora, acompañada de un hombre de buena figura, y de un niño fresco y robusto. Molden, Ana y Kett los miraban con grande curiosidad sin poder atinar quién fuesen.

—¿Cómo! ¿olvidáis á vuestros protegidos? dijo la labradora con voz enternecida. Felizmente mi corazón tiene mas memoria que vosotros; porque os amo siempre, y todas las mañanas ruego al cielo derrame sus bendiciones sobre vosotros. ¿El recuerdo de Peggy Darsie, de la musa loca, se ha borrado de vuestra memoria?

—¡Es Peggy!... ¡es Peggy!... exclamaron todos apresurándose á abrazarla. Pero ¡qué cambiada está! continuó sonriendo Mistress Edward. De seguro que no será el culto de las nueve hermanas lo que te ha puesto tan hermosa y esparcido sobre tí ese aire de salud y de alegría que brilla en tus facciones.

—Aquí teneis, amigos míos, el único culto á que debo mi bienestar, contestó la amable Peggy presentándoles á su marido y á su hijo. Vuestros virtuosos ejemplos me en-

señaron, que solo en el cumplimiento de los santos deberes de la familia se encierra la felicidad de la mujer en este mundo, y Dios me ha recompensado por haberlos seguido.

UN AMOR SIN ESPERANZA.

(Conclusion.)

IV.

Han pasado algunos meses, durante los cuales la felicidad continuaba sonriendo á los desposados.

Enrique se promete largos días de ventura, al ver como el cielo atiende sus votos, mientras Clemencia, que apenas ha vuelto á pensar en los pronósticos de su hermana, es completamente feliz.

Alguna vez, sin embargo, al observar que Angela vá perdiendo de día en día sus colores, y que triste, doliente, busca con frecuencia la soledad, se fija en sus fatídicos anuncios y les dá, por el momento al menos, un acatamiento supersticioso, no teniendo un indicio que venga á revelar los secretos que con tanto afán guarda su hermana; mas su religiosa educación por una parte, que le aconseja no dar crédito á tales presagios, y la felicidad de que goza por otra, le obligan bien pronto á desecharlos.

Solo Angela sufre un suplicio cruel.

Y no eran precisamente esos presentimientos la causa de su mal.

Influyen en su ánimo, es verdad, pero de una manera secundaria. Ni los cree providenciales, ni los desecha como una alucinación de su mente.

El origen de su sufrimiento es el amor, pero un amor vehemente y desgraciado; un amor infinito, pero funesto; un amor, en fin, tan puro como imposible.

¿Qué otra cosa que la pureza debía esperarse de las inocentes ideas que germinan en su alma, de sus religiosos sentimientos?

¿Y qué otra cosa que lo imposible, cuando consagra su adoración á quien no puede pagarla, cuando el objeto de su entusiasmo es Enrique, el marido de su hermana?

Ahora comprenderemos por qué Angela, que conoce la pureza y lo execrable de su cariño sino consigue vencerlo, anhela la soledad, procurando ocultar en lo más escondido de su pecho este secreto.

Mas ¿cómo ha nacido esta pasión, y por qué la alimenta todavía en su alma? esto es lo que ella no sabe.

Apenas esta cándida niña pudo imaginarse nunca que era amor lo que sentía por Enrique.

Había algo en su ser que la inclinaba hacia él, y si alguna vez, cuando empezó su conocimiento pudo señalar de-

licias ilusorias al lado de aquel hombre, luego que se percibe del mútuo cariño que existe entre él y su hermana, una alegría infinita inunda su alma, no pensando mas que en la dicha de aquella.

Quiere persuadirse de que la felicidad de Clemencia es su propia felicidad, y por esto no comprende después, de qué modo ha nacido su amor.

Pero la llama voraz que inflama su pecho es inextinguible, y las borrascas de su corazón empiezan á ser incasantes cuando contempla las venturas de los desposados.

Sin saberlo es una víctima propiciatoria de su amor, desde el momento en que se hace voluntario testigo de tantas dichas, y entonces es, cuando dándose exacta razón del estado de su alma emprende una lucha tan valerosa como horrible.

Frente á frente de su razón y su cariño, comprende que en este combate perderá sus fuerzas, pero ¿qué partido le resta, una vez conocida la vehemencia de su afecto?

Mucho sufre en este estado: perdidas ya sus fuerzas vé próximo el momento de sucumbir, mas hasta entonces su serenidad y valor la han sacado á salvo. Su secreto queda aún oculto por un velo impenetrable.

¡Pobre mártir de un amor sin esperanza! ¡Cuántos esfuerzos para borrar del alma una imagen grata, y cuán sin fruto!

No es extraño. Adherida á su existencia la imagen de Enrique, ¿cómo repulsarla?

Por eso, bien á su pesar, sigue consagrando á esta adoración mayor entusiasmo.

Pero llega luego un día en que no puede presenciar con tranquilidad las dichas de los esposos, y entonces busca la soledad.

Enrique y Clemencia, llenos de inquietud, indagan todavía en vano el origen de su melancolía.

Si alguna vez alarmados por su salud, la preguntan, hace Angela un supremo esfuerzo, y llena de dulzura con la sonrisa en los labios les demuestra cuán feliz es á su lado y la tranquilidad de que goza, no obstante su pasajera melancolía.

Tal y tan constante lucha tiene que acabar pronto. ¿Quién puede sostenerla?

La enfermedad moral que consume á Angela, no podrá menos de interesar su cuerpo, y entonces aquel lozano capullo transformado en flor, será agostado por el recio vendaval de una pasión reprimida.

V.

A los pocos días yace la infortunada Angela postrada en el lecho del dolor.

Tras la fiebre que la consume viene el delirio, y con este el secreto de Angela es al fin revelado, á aquellos mismos de quienes mas resguardado lo tenía.

Clemencia y Enrique están á su lado.

Lágrimas amargas surcan sus mejillas, y ni una palabra viene á interrumpir el silencio que allí reina.
—¿Me escuchas, Clemencia?—dice la enferma.
—¿Qué quieres, hermana mía?
—¡Ay! me ahogo. Pero nó; escúchame. Mi amor, este amor venturoso y desgraciado, no saldrá jamás de mi pecho.
—¡Enrique! ¿está delirando?
—Así parece; ya se selegará.
—¡Si tu conocieras mi amor!—añade Angela en su delirio.

—Continúa, Angela.
—¡Le amo tanto! A él, sí, á él! ¿Pues á quién quieres que sea? Pero no lo sabrá, yo te lo aseguro. ¿Para qué lo había de saber? ¡Es tan bueno! Tengo que callarlo á todo el mundo, mas no á tí, Clemencia, porque nuestros destinos están enlazados íntimamente, y tus dichas son mis dichas. Amale, Clemencia, ámale: bien lo merece; te quiere con idolatría. ¡Feliz la muger amada por Enrique!
—¿Qué dice? ¡Dios mío!—balbuceó Clemencia.
—Pero nó,—añadió delirando la infortunada niña.—No. El no quiere á muger alguna. ¡Enrique! ¡Enrique! ¡Si vieras mi alma! Adórala; adórala, y seremos los tres dichosos. ¿Te acuerdas, hermana mía? Tú lo has dicho. Nuestros destinos están unidos. ¿Y aquel presentimiento, lo has olvidado? ¿Quién vá á representar el número 13? Lo ignoramos; pero no seremos ciertamente nosotros. Mi sueño lo desmentía; pero no, lo confirmaba mas bien. ¡Infelices de nosotros! Ya lo sabes, Clemencia, las espinas, que son las penas, ocultaron las flores, que son las dichas. Luego, estas se marchitaron. ¿No quería esto decir, que del mismo modo mueren las ilusiones? Pues sí, las ilusiones morirán. Al deshojarse las rosas, no son las ilusiones las que acaban, es... es la vida... Pero á fé que ninguno de los tres moriremos, ahora que gozamos de un paraíso con nuestro amor. Sí... amor para los tres.

Fatigada Angela al decir esto, quedaba exánime en un angustioso abatimiento; mientras que los esposos confusos, mudos de espanto se arrodillaban á los pies del lecho.

Esta escena desgarradora los llena de tribulación, despedazándoles el alma.

¿De qué sirven allí sus auxilios?
Y esa ciencia de los doctores que han sido llamados hace algunos días para salvarla, ¿qué puede contra los estragos de una enfermedad mortal, cuando apenas sirven sus pocimas para mitigar un tanto los padecimientos?

¡Ay! que para las enfermedades agudas del alma no tienen auxilios la ciencia.

¡Infeliz Angela!

¡Pobre mártir de un amor sin esperanza!

VI.

Al fin llega un día en que la desgracia tiende sus negras alas sobre aquella, antes venturosa familia.

La aterradora figura de la muerte, un día antes de que se cumpliera el año de los desposorios, llama á la puerta de la mansión de las dichas, y penetra y se cierne sobre la cabeza de Angela, esa inocente paloma á quien hirió la mano del destino.

¡Funesto llamamiento!

Ante él y ante el pronóstico de los médicos, Enrique y Clemencia pierden las esperanzas, y arrodillados junto al lecho de muerte, dirigen al cielo sus súplicas por la salvación de Angela, que en aquel momento deja de existir.

El Dios de las misericordias, acogiendo ante su escelso trono el inocente espíritu, destínale al lugar que le tenía reservado entre las almas justas.

Clemencia en tanto cubre de besos el cadáver de aquella persona querida, cuyo rostro apenas se desfigurará por su esforzado tránsito, y solo los ruegos de Enrique logran apartarla de aquel cuadro aterrador.

Tal es, lector, la historia que me propuse referiros.

Enrique está hecho un misántropo: le ha impresionado de una manera horrible esta desgracia, y Clemencia, la atribulada Clemencia, no halla consuelos en su aflicción. Huye de la sociedad y hace bien. ¿Quién es capaz de comprender su dolor?

—El tiempo, solo el tiempo que se sucede sin intermisión—la dicen para consolarla,—es el único que puede cicatrizar las heridas que causan semejantes infortunios.

—¡Oh! nunca, nunca.

Esta es siempre su respuesta.

R. R. DE MENDOZA.

¡TODOS SOMOS HERMANOS!

Desde que Adán y Eva
Comieron de aquel árbol,
Cuyo sabroso fruto
Les incitó al pecado,
Todos, por obra suya,
Todos somos hermanos.

¡Oh fraternal cariño
El del niño mimado
Que á su hermanito hostiga
Con pullas y trastazos!
Desde la edad mas tierna
El género inhumano
Al inhumano género
Le arroja contra un canto.
Mas á pesar de todo,

Para solaz del diablo,
En este bello mundo
Todos somos hermanos.
¿Veis aquel pordiosero
Que con semblante escuálido
Y voz desfallecida
Os presenta la mano?
Pues ese, á quien el uno
Se escurre sin mirarlo,
Y á quien el otro alarga
Un miserable ochavo,
Ese... bien se conoce,
Es de todos hermano.

Gime en una mazmorra
Infeliz presidario
Por el hombre aprehendido
Y por él custodiado,
Y el día en que sus crímenes
Espíen en el cadalso
Le apretará el gáñote
Su cariñoso hermano.

¿Dónde hay mayor contraste,
Dónde mayor sarcasmo
Que estas fraternidades
Enlazadas con cáñamo?...
Pero á pesar de todo
Cuanto diga en contrario,
Desde que Adán y Eva
Comieron de aquel árbol
Cuyo sabroso fruto
Les incitó al pecado,
Todos, por obra suya,
Todos somos hermanos.

El huérfano infelice
Que en sus primeros años
Se encuentra en este mundo
Desprovisto de amparo,
Busca en cada hombre un padre
Y encuentra cien padrastros.
Corazones de hielo
O de insensible mármol,
Que sus lágrimas secan
Con mil consejos sandios,
Pues para dar consejos
Todos somos hermanos.

¡Oh mundo corrompido
De deleznable barro,
Que hasta en la tumba misma
Eres orgullo vano!
El antifaz arroja
Dó se oculta el engaño
Y aclama con franqueza:
¡De nadie soy hermano!

JOAQUIN M.^a DE TEJADA.

HISTORIA DE TRES CASAMIENTOS.

II.

POR CONVENIENCIA.

Rosa era una linda muchacha con diez y siete años, cabello y ojos negros como el azabache, rostro ovalado como el de una virgen, labios encarnados como cerezas y color pálido como la luna.

Tenia talento y muy buen carácter; pero era débil y algo fría, lo cual había hecho permanecer indiferente su corazón á cuantas frases apasionadas y declaraciones amorosas se le habían dirigido.

Por esto, aun cuando naturalmente fuese incapaz de formar proyectos ambiciosos, no rechazaba los consejos de sus padres, encaminados á inspirarle odio á todo cuanto no fuese un casamiento en armonía con su ventajosa posición social.

Para los padres de Rosa la riqueza era el colmo de la felicidad; el talisman poderoso ante el cual todo se doblega en la tierra; la llave maestra que abre todas las puertas, incluidas las de la gloria.

Lo cual se hallaba en oposición con aquellas sublimes palabras:

—«Mas fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos.»

Para ellos era pequeño obstáculo violentar su voluntad; enlazarla con un hombre cuyo carácter no fuera análogo al suyo; cuyas cualidades morales estuviesen en discordancia de las condiciones esenciales á un buen marido; que careciese de talento, de virtud ó de propósito para hacer su felicidad, siempre que la superase en bienes de fortuna.

Sin embargo, eran sobradamente ricos para dejar á Rosa en libertad completa de hacer su elección, asegurándole un brillante porvenir al lado de un joven dotado de buenas prendas personales, aunque careciese de unos bienes que no eran indispensables, teniéndolos ella.

Mas como los padres de Rosa piensan muchos, que corresponden con una innoble ambición á los favores de la fortuna y sacrifican la felicidad y la suerte de sus hijos, sin otro motivo que esta consideración:

—Si mi hija tiene veinte, solo es digno de ella el que lleve cuarenta.

Y á inspirarles estas mismas ideas se reducen todas sus máximas de educación.

Y las consecuencias son por lo comun:

Despertar en ellas ideas interesadas.

Manchar la pureza de sus sentimientos y la nobleza de su corazón en la edad de los bellos instintos.

Producirles la sed de riqueza, tan repugnante en una joven, que solo debe comprender la virtud.

Y hacerles mirar con la mayor indiferencia el cumplimiento de los deberes conyugales, imposibles de llenar debidamente por la muger que se deja dar marido á consecuencia de un cálculo egoísta y mezquino.

Y aquí se puede fijar la base de la mayor parte de los vicios que aquejan á la sociedad; mas no es nuestro plan estendernos en semejantes consideraciones.

Como hemos dicho, Rosa oía con docilidad los consejos de sus padres, aun cuando para ella careciesen de verdadera importancia.

Siendo su carácter naturalmente dócil y no teniendo inclinación hacia ningún hombre, admitió sin reparo el que sus padres la destinaban, no obstante ser poco á propósito para inspirarle la menor simpatía.

Era éste un rico mayorazgo con tanto vacío en su cerebro como espacio ocupaban sus olivares, cortijos y casas; que se llamaba Diego y tenía entre otras cualidades la de un padecimiento crónico que, junto á su extremo desaseo, lo hacían exhalar un continuo olor pestilente, capaz de producir el cólera-morbo en la mas pura y embalsamada atmósfera.

Diego era un verdadero tipo de mayorazgo, tal como lo son una gran parte en los pueblos de provincia.

Fátuo, ignorante, acostumbrado á oír lisonjas, lleno de vicios y de caprichos, aficionado á diversiones groseras, y convencido de que sus bienes lo hacían objeto de envidia para todos los hombres y de solicitud para todas las mugeres, no quiso en su vida aprender nada ni hacer otra cosa que su voluntad.

Generalmente la educación que se dá en los pueblos á un mayorazgo rico tiene que producir este resultado: el buen deseo que rara vez suelen tener sus padres se estrella contra la adulación de los sirvientes que ofrecen á sus ojos en continua revista las tierras, ganados y casas que son *suyas*, acompañando su enumeración con la máxima de que todo esto es mas de lo necesario para ser completamente feliz en la vida y ocupar un alto rango.

Y la realidad de este principio experimentada por ellos desde la infancia, les hace habituarse á la poltronería; la debilidad de sus padres y la tolerancia de sus maestros les aparta de la instrucción, poniendo un obstáculo al desarrollo de sus facultades intelectuales, y las contemplaciones y mimos exagerados les produce los malos instintos haciéndolos exigentes y voluntariosos.

Diego era naturalmente bruto, y para complemento de su escasísimo ingenio recibió una educación torpe y descuidada.

Pero esto no fué obstáculo para que al enamorarse de Rosa con todo el ardor de que era capaz y todo el ahínco de su nunca contrariado capricho, lo aceptasen por yerno con entusiasmo los padres de esta y se propusiesen hacerle admitir á ella por marido.

Sin gran trabajo lo consiguieron; pues era de genio dócil como hemos dicho, y además en su poca edad no comprendía las obligaciones que iba á contraer ni lo fuerte del lazo con que iba á unir su suerte á la de un hombre tan opuesto por su carácter y condiciones al bello ideal que todas las mugeres forjan en su imaginación á los quince años.

Rosa hubiera deseado un marido elegante, y Diego tenía toda la traza de un palurdo; un marido fino, de buenos modales, y Diego apenas sabía saludar ni sostener una conversación; aficionado al teatro, á la música y al baile, que á él le parecían entretenimientos detestables, gozando solamente en dar largas cacerías, comer con los gañanes de los cortijos y hacer palmas en los fandangos danzados por los campesinos.

Triste era la perspectiva que á Rosa se le presentaba; pero obediente á sus padres, se contentó con espresar la poca simpatía que Diego la inspiraba.

Estos la representaron que el cariño llegaría con el tiempo y cedió á este argumento, así como también á la irresistible seducción que en toda muger ejerce la palabra *casamiento*.

La boda tuvo lugar con gran satisfacción de los padres, que veían á Rosa llegar al apogeo de la felicidad al enlazarse con un hombre tan rico y que por su carácter poco afecto al lujo prometía serlo mucho mas con el tiempo.

Alguno trascurrió triste y monótono para ella; pues solo encontró en su nuevo estado mayor sujeción y mas obligaciones que antes tenía.

Diego se le iba haciendo de día en día mas insoportable: su genio brusco, sus maneras brutales y desprovistas de aquella consideración y prudencia tan necesarias en la vida doméstica, ajaban continuamente su dignidad y su amor propio, acabando de hacérselo odioso su extraordinario descuido, su falta de aseo, aquel olor desagradable que á su lado se sentía y que hubiera sido capaz de matar por completo la ilusión de la muger mas enamorada.

Cuando veía acercarse á Diego con intención de hacerla una caricia, sentía impulsos de echar á correr, y á veces por huir se hubiera tirado por un balcon; pero su deber era mas fuerte que la repugnancia y se sometía á este suplicio, mas cruel para ella que el de Tántalo.

Diego, á pesar de sus cortos alcances, llegó á notar la antipatía que inspiraba á su muger y esto hizo mas bruscos sus modales y mas brutal su trato.

Verdad es que era el mas rico de su pueblo, y todos los años compraba nuevas fincas; que sus cosechas eran abundantísimas é innumerables sus ganados; mas esto solo servía para proporcionar mayor trabajo á Rosa, obligada por su marido á cuidar de todo en la casa y á dar á los capataces y operadores cuanto necesitaban para sus cortijos y sus labores.

¿De qué le servían las riquezas si trabajaba tanto como el último criado de su casa, y al menor descuido era duramente reconvenida por Diego?

¿En qué gozaba cuando ni aun siquiera la permitían vestir con decencia?

Rosa lloraba amargamente su debilidad y acusaba interiormente á sus padres de haberla sacrificado á su egoísmo y á su ambición: recordaba los días en que tenía libertad y descanso y hubiera querido volver á ellos para dejarse matar antes que consentir de nuevo en un casamiento á que no tuviera inclinación, y en el cual no entrase como primera condición el cariño y la analogía de carácter y sentimientos.

Un día se hallaba entregada á tristes reflexiones, cuando se abrió la puerta de la habitación y apareció Diego en el umbral.

Rosa observó en su aspecto ciertas señales que no le eran comunes: tenía las mejillas encendidas, los ojos medio cerrados y chispeantes, la boca entreabierta dejaba escapar palabras balbucientes, su vestido se hallaba en des- arreglo y el pelo le caía sobre la frente.

—Te he estado buscando por toda la casa, dijo al acercarse dando traspiés.

—Bien sabes que por lo regular estoy aquí, contestó Rosa.

—Y no dejarás por cierto de vigilar á los criados y saber lo que pasa encerrada en este cuarto!

—Nada hay que hacer ahora y todo está bajo llave.

—Bueno; pero no me gusta que estés aquí echándola de sentimental; yo no quiero románticos á mi lado, sino gente alegre, y en prueba de ello me he puesto hoy mas que de costumbre y vengo á saber la razón de tu continuo mal humor.

—Te engañas, Diego, contestó Rosa procurando sonreír; no tengo ese mal humor que supones.

—Y sin embargo, desdeñas mis caricias y pareces admitirlas como una penosa obligación.

—No podrás reconvenirme de no haber llenado siempre contigo mis deberes de esposa.

—Es cierto; pero me deja mucho que desear tu indiferencia.

—Te ha dado hoy un extraño capricho, dijo Rosa procurando disuadirlo de aquella idea.

—Ahora voy á ver si es verdaderamente un capricho, contestó Diego, acercándose vacilante y despidiendo ese insufragable olor que produce la embriaguez, colmando así la medida de la repugnancia que Rosa sentía hacia él.

No obstante procuró violentarse y no hizo movimiento alguno; pero cuando sintió en su rostro el aliento vinoso de aquel hombre y sobre sus frescos y puros labios los hediondos y húmedos de Diego, retrocedió como si una víbora la hubiese mordido, y sin poderse contener le dió tan fuerte empujón que estuvo á punto de hacerlo rodar por el suelo.

—¡Hola! dijo éste ¿vienes ahora con melindres? pues sabe que estoy ya harto de sufrirlos, y hace tiempo me tiene fastidiado el despegue y la frialdad que me muestras: soy tu marido y tengo un completo derecho para hacer de tí cuanto se me antoje, por bueno ó por mal camino.

—Estoy lejos de negarte ese derecho; pero será cuando te halles en otro estado.

—¡Qué delicada es la señora! ¡se asusta de su marido, porque bebe un vaso de vino! pues ten entendido, que de hoy en adelante he de hacer lo mismo todos los días: ¡ya acabarás por acostumbrarte!

—Entonces no deberás extrañar que huya de tí, dijo Rosa sintiendo despertarse su energía con aquel lenguaje brutal.

—¡Huir! ¡jál! ¡jál! ¡jál! como si una mujer pudiera huir de su marido! Intenta hacerlo ahora mismo.

Y la cogió por un brazo, apretándoselo con tanta fuerza, que la infeliz rompió á llorar amargamente.

—¡Lágrimas ahora! ¡casualmente me gusta mucho una mujer llorando!

Y empezó á besar á Rosa, que fuera de sí, ofendida en su amor propio, no pudiendo sufrir las asquerosas caricias de aquel hombre borracho, emprendió una fuerte lucha para oponerse á su brutalidad.

Diego, exasperado con la tenaz resistencia de su mujer y alentado por el vino, empleó sus fuerzas en vencerla; pero viendo que no podía conseguirlo, empezó á golpearla fuertemente.

Rosa, al sentirse el rostro herido por la impía mano de su marido, lanzó un grito de dolor y cayó al suelo desmayada.

A este grito acudieron todos los criados, hallando á Diego con el aspecto de un furioso y á Rosa con la apariencia de un cadáver.

De resultados de aquel accidente, se apoderó de ella una fuerte calentura y por largo tiempo permaneció postrada en el lecho, del cual solo pudo sacarla su naturaleza joven y vigorosa.

Mejor hubiera querido morir, que volver nuevamente á la triste servidumbre en que se hallaba: inútilmente invocó la protección de sus padres: éstos, que trataron de intervenir reprendiendo con severidad á Diego su conducta fueron desoídos y aun amenazados de cortarles todo trato y comunicación con su hija si seguían mezclándose en cosas que no eran de su incumbencia.

El resultado fué que Rosa se vió aislada y á merced de un marido brutal, que desde aquel día continuó entregándose al detestable vicio de la embriaguez.

Solicitó el divorcio; pero fué desatendida por no presentar un sólido fundamento en que apoyar su demanda: trató de retirarse á casa de sus padres, no obstante su profunda aversión al escándalo; pero Diego la amenazó con hacerla volver por fuerza sino quería de buen grado, y no tuvo otro remedio que marchar nuevamente á su casa como una víctima marcha al sacrificio.

Dios no quiso tampoco darla un hijo que la sirviera de consuelo en su aflicción; y los días trascurrían para ella, sin dejarle mas que llanto y amargura.

Diego era cada vez mas exigente y caprichoso; irritado con la aversión que inspiraba á su mujer, no perdonaba

medio de mortificarla y la hacía pasar por las mayores vejaciones; la obligaba en sus borracheras á ejercer los oficios mas viles, á servirle como una esclava, y últimamente, para colmo de infamia y de humillación, llevó á su casa, con el carácter de ama de llaves, una de esas mujeres que no tienen reparo en desempeñar los papeles que la sociedad considera como mas degradantes.

Este fué el último golpe para la pobre Rosa: escapó desolada y deshecha en llanto á casa de sus padres, resuelta á dejarse matar antes que volver á la de su marido: ellos por su parte, aun cuando egoístas hasta lo sumo, sintieron que su conciencia les echaba en cara el sordido interés que los moviera á no tener en cuenta la felicidad de su hija y se propusieron protegerla con todas sus fuerzas.

Diego fué á reclamar su mujer, y hubo una violenta escena entre la familia: tal vez se habría pasado de las amenazas á los golpes si el suegro no hubiera tomado el partido de llamar á sus sirvientes para que pusiesen al yerno en la calle.

Este echaba espumarajos de rabia; pero no tuvo otro remedio que ceder y marcharse lanzando los mayores improperios y los juramentos mas terribles.

Reclamó á la autoridad que en vista de la firme resistencia de Rosa y deseando guardar consideraciones á una familia respetable, trató de dar treguas al asunto interin los tribunales decidían si había lugar á una separación y consintió que permaneciese en casa de sus padres.

Mas el escándalo había sido inmenso, las habillitas y murmuraciones del pueblo llegaban á su colmo y Rosa con un carácter tan dulce, tan tímido, tan sencillo, no pudo soportar la vergüenza que caía sobre su rostro, y su salud ya muy resentida acabó por sucumbir á la fuerza de tan duros golpes.

Quince días despues, el toque funeral acompañaba el llanto de una familia y los amigos y parientes de Rosa seguían su cadáver hasta dejarlo en el último y mas seguro asilo de la desgracia.

¿De qué le sirvieron sus grandes riquezas? De nada, puesto que son por sí solas insuficientes para asegurar la felicidad de un matrimonio, en el que como sucede casi siempre en los de conveniencia, se reúnen dos caracteres opuestos, dos tipos á veces incompatibles, dando por resultado no poderse soportar mutuamente.

Los padres que tratan de reunir dos caudales no tienen presente que tambien deben reunir dos personas y no ven por consecuencia de un casamiento sin trato, sin cariño, sin la menor analogía de sentimientos, la indiferencia, el hastío, y por lo regular el adulterio.

Hoy en este siglo de las luces casi todos los matrimonios se hacen con la pluma, por cuenta matemática. ¡Qué importan los resultados! ¡Pobre sociedad!

A. A. DE SOTOMAYOR.

LA MARIPOSA.

Érase una niña mas rubia que la aurora y mas bulliciosa que las auras de la tarde. Había nacido entre flores y pasaba el día libre de cuidados y afanes jugando por la campiña y tegiendo guirnaldas de césped y amaranto.

Nunca creyera ella que una idea tenaz pudiera conturbarla y hacerla olvidar sus inocentes delicias; pero una mañana despertó sobresaltada al grito de la naturaleza entera, que vistiéndose sus mas ricas galas, le hablaba en lenguaje no acostumbrado aunque por demás tierno y elocuente.

Tenia para ella mayor atractivo la inmensidad del espacio, y la campiña le regalaba en sus matices una espresiva sonrisa. Amor, murmuraba la fuente precipitándose á sus pies para besárselos; amor, repetía á sus oídos el cefirillo blando; amor, le decía el sol vivificándola con sus ardientes rayos; y los lejanos ecos de la selva prorumpían una y otra vez en armoniosa cadencia aquella dulcísima palabra.

La niña detúvose á meditar sobre lo que significar podía; y puesta la mano sobre el pecho conoció por primera vez que tenía corazón.

Una mirada en que parecía fulgurar un nuevo principio de vida fué el tributo de agradecimiento que ofreció á la fuente, al céfiro y al sol que le habían hecho sentir aquella emoción delicada; y cautivada por la belleza de este último, largo rato estuvo contemplándole mientras recorria con magestad el firmamento.

«Tú me alumbras y me vivificas, le dijo; tú das al alma la alegría y sin tí la naturaleza queda marchita. A tí debo su verdor los campos y sus vivos celajes las nubes y yo y mis rosas el carmin que nos hace bellas. Habitas en el cielo y tu amor debe ser mas puro que el que me prometen la fuente y el aura mis compañeras. Te amo.»

Aquel día se miró en el cristal de una laguna y quedó sumamente complacida de sus gracias. Y afanosa por agradecer al sol volvió á mirarle y á dirigirle tiernos suspiros.

Y mirándose se sucedían las horas y por él olvidó los juegos de su infancia. Y corrió hacia el occidente siempre tras de su amor sin que jamás pudiera darle alcance. Y las jornadas se repetían; y siempre volvía á encontrar el sol ante ella.

Una tarde le vió cernirse sobre una montaña y anhelante subió hasta la cumbre. Llegó á un elevadísimo promontorio, debajo del cual se revolvía el Océano cuando su amor le daba su última mirada para dormirse sobre las aguas. Echó atrás sus blancos ropajes y batió sus palmas y poseída de un arroboamiento sublime y casi místico se des- penó ansiosa de darle un beso.

¡Pobre niña! Al rodar por el espacio prorumpió en un grito dolorido; mas apiadado el cielo de su inocente afán la convirtió en mariposa, cediéndole el privilegio de vestir los colores del sol.

Desde entonces vagó por la campiña haciendo confidentes de su secreto á las flores sus hermanas. Se acercaba á cuantas veía, y batiendo sus alas murmuraba: *amo*.

Entre todas cobró predilección por una violeta que inclinaba la cabeza para bañarse en un arroyo; un jazmin que asomaba entre unas celosías para refrescar al soplo del céfiro, y una amapola que procuraba abrirse paso entre la espesa mata para recibir el rocío de la aurora. Mútuamente se confiaban sus amores y pasaban aquellos momentos tan complacidos, que no los hubieran trocado por los mas dorados sueños.

Sin embargo, la mariposa los hubiera dado todos por poseer un instante lo que aspiraba. «Felices vosotras, les decía á las flores besándolas con cariño; vuestros tallos crecerán todos los días hasta que podáis alcanzar á los objetos de vuestro amor; mis alas son débiles, y por mas que me agite y me afane para llegar hasta el trono del sol, mis fuerzas no secundan mis alientos y caigo desfallecida sobre vosotras para que me consoleis en mi desventura.»

Y tras estas exclamaciones miraba al sol, que era su único pensamiento.

Pero al día siguiente, al hacer su visita á sus hermanas, la violeta, el jazmin y la amapola habían desaparecido; crecieron sus tallos; pero la violeta había muerto arrastrada por el arroyo, el céfiro deshojó sin piedad al jazmin y la amapola yacía cadáver, víctima de la humedad del rocío.

Aquel infortunio la hizo impresion profunda; pero pudo más en ella el amor que la compasión, y el brillo del sol la distrajo de sus tristes meditaciones.

Y continuó murmurando su secreto á las flores. Y cuando venia la noche era tanta su tristeza, que se echaba á llorar sobre el césped, hasta que fatigada se dormía para soñar en su amor.

Siempre alimentaba el deseo de darle un beso.

Una noche le despertó un inusitado resplandor, y vió á través de una ventana la llama de una viva lumbre. Precipitose hacia ella creyéndole un nuevo sol, mientras una virgen, sentada en un rico aposento, abandonaba su mano á un enamorado galán, que imprimía sobre ella sus ardientes lábios.

Al morir la mariposa abrasada en la lumbre, recordó con pena la muerte de las tres flores sus hermanas, y cuentan que tuvo tiempo para exclamar:

«¡Cuán insensata he sido! Por no contentarme con la luz del sol hallo la muerte en su abrasadora llama. Flores, aprended de mí; buscad en el amor las aspiraciones y esperanzas, que son el néctar de la vida; no aspireis á la posesión que mata.»

Y cuentan tambien, que asustada la doncella retiró la mano al galán que se la besaba.

JUAN BAUTISTA FERRER.

CANTOS POPULARES DE SUECIA.

EL CASTIGO.

—Si todas estas montañas fueran de oro, si todas estas olas fueran de vino, todo lo daría por tí, mi única amada.

—Si es cierto lo que me dices, si quieres ser mi amado, sígueme á la morada de mi padre y pídele dignamente mi mano.

—Ayer estuve en casa de tu padre. Me ha respondido que nó. Amada mía, no tomes otro consejo que tu deseo y sígueme á mi país.

—Si no tomo mas consejos que el que me dé mi deseo, y te sigo fuera de mi patria, cuando lleguemos á un país extranjero, me engañarás seguramente.

—No engañaré al Cristo enclavado en la cruz, y menos te engañaré á tí.

Pero cuando llegaron á un país extranjero, el infiel escogió otra novia.

Cogió su pañuelo, y pegándole á la joven en el rostro, la dijo:

—¿Por qué has dejado tu patria con un caballero antes de que se hubiera casado contigo?

—Si vivo el tiempo suficiente para superar mi dolor, llegaré á ver el día en que vendrás á mi puerta pobre y miserable. Si llego al tiempo en que venza mi pena, te veré venir ciego y paralítico á la morada de mi padre.

—Vivirás bastante tiempo para superar tu dolor, pero no para verme pobre y miserable. ¿Cómo he de llegar ciego y paralítico á la morada de tu padre? Tengo una silla de oro puro y unas bridas de plata brillantes.

Y despues de siete años y siete días, Dios oyó los ruegos de la joven. Llega á su puerta un mendigo que pide un pedazo de pan.

—Levantaos, hijos míos, levantaos; y sostened á vuestro padre. Recuerdo aún perfectamente los días en que fué mi amado. Levantaos, hijos míos, levantaos, y dad pan á vuestro padre. Recuerdo aún perfectamente los días en que galopaba sobre una silla de oro rojo.

La joven cogió un pañuelo, y pegándole al mendigo en el rostro, le dice:

—¿Por qué has dejado tu patria con un caballero antes de que se hubiera casado contigo?

EL DOLOR DE ROSALÍA.

Rosalía está sentada en su estancia. Amargo llanto corre por sus mejillas. Entra su madre y la dice:

—¿Por qué están tan húmedos tus ojos?

—Tengo un gran motivo para llorar y tener encarnados los ojos. He sabido otra vez que ha muerto mi amado.

—Si has sabido otra vez que ha muerto tu amado, ¿por qué no me has hablado de él antes de ahora?

—No puedo ocultaros la verdad. El rey Olaf me ha robado mi honor.

—Si el rey Olaf te ha robado tu honor, ¿qué te ha dado por él?

—Me ha dado una arpa de oro, encargándome que la toque cuando esté triste.

—Si el rey Olaf te ha robado tu honor, toma lo que te pertenece y vete lejos de mí.

Rosalía mete oro en algunas bolsas. Amargo llanto corre por sus mejillas. Se va al bosque y quiere descansar un momento. Toma su arpa de oro, y necesita tocarla porque está muy triste.

El rey Olaf está asomado á una ventana, y oye el arpa de oro de Rosalía.

—Oigo mi arpa de oro. La pobre Rosalía está muy afligida.

Rosalía se acerca á la morada del rey, y encuentra dos pajeos.

—Escucha, niño, ¿está el rey en su morada? Dímelo.

—El rey está en su elevada estancia, y no piensa en una pobre muchacha como tú.

Rosalía abre la puerta. El rey Olaf la mira con ternura.

El rey Olaf pega en los cojines azules.

—¿Quiere Rosalía descansar aquí?

—No tengo sueño y no estoy cansada; pero he sufrido por tí la angustia y el desprecio.

—Si has sufrido por mí la angustia y el desprecio, no dudes, no dudes que serás mas feliz.

El rey Olaf sienta á Rosalía en sus rodillas, la da anillos de oro y se desposa con ella. Coge á Rosalía en sus brazos; la da la corona de oro y la nombra reina.

T.—E. COMAS Y SOLER.

HIMNO

COMPUESTO POR EL EMINENTE POETA D. JOSÉ ZORRILLA para que se cantara en la serenata que se dió en la noche del 11 de febrero de 1859 al Excmo. Sr. Capitan general de la Isla de Cuba.

CORO.

Divisa eterna de Cuba fiel
serán España, Dios é Isabel

Noble caudillo, nuestra voz oye:
Cuba no tiene mas que un pendon,
y para que ese pendon apoye
uná fé sola y un corazon.

¡Maldito sea quien el primero
evoque fiero la guerra cruel:
mas, si se enciende, su pueblo entero
lidiará á muerte por Isabel.

Cuba, la reina de las Antillas,
en las estrofas de esta cancion
manda á la reina de las Castillas
la fé que encierra su corazon.

Es Española: nada le arredra:
sus hijos yedra de ella han de ser:
mientras en Cuba quede una piedra,
la han por España de mantener.

Antes que en Cuba nuestra bandera
deje altanera de tremolar,
que con nosotros la Isla entera
bajo sus ondas trague la mar.

Ni la buscamos, ni la tememos:
mas si nos vienen guerra á traer,
como Españoles pelearemos
mientras nos quede vida y poder.

Si nos amaga guerra cercana,
la Soberana de esta region
bajo su roja bandera hispana
en cada hijo tendrá un leon.

Pues por la enseña que hoy enarbola,
la fé española puede esta vez
hacer un barco de cada ola,
y un hombre armado de cada pez.

Si hay enemigos que á estas regiones
con sus legiones osen llegar,
Cuba por boca de sus cañones
la bienvenida les saldrá á dar.

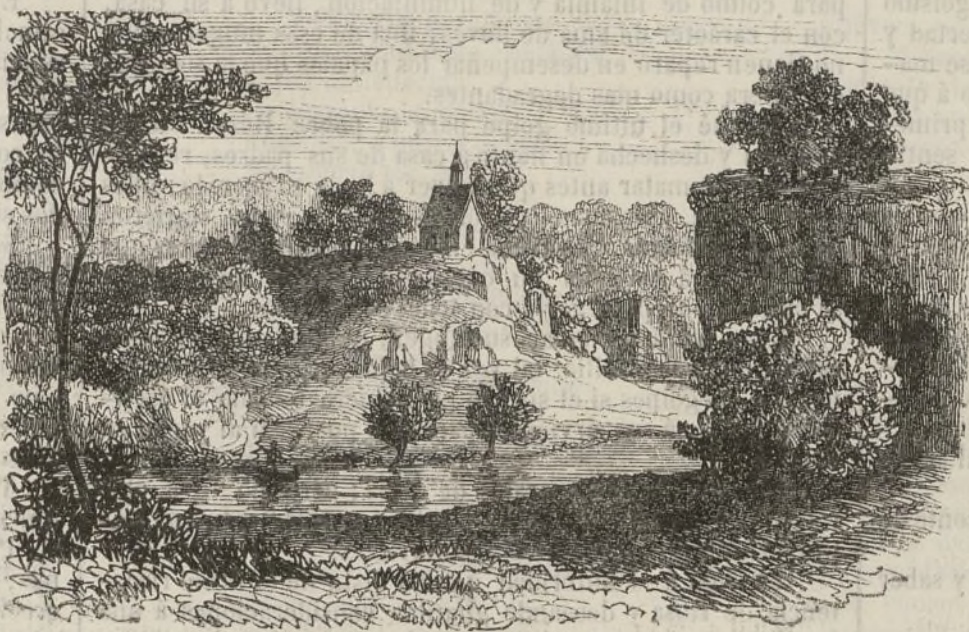
Dios lidia siempre con la justicia,
nuestra milicia lidiará fiel,
y al grito osado de la codicia
gritará: ¡Cuba por Isabel!

Será su nombre de Cuba lema:
suyo de Cuba será el Eden:
florón precioso de su diadema,
brillará siempre sobre su sien.

Tú de nosotros díselo en nombre,
ilustre Concha, caudillo fiel:
mientras en Cuba la quede un hombre
gritará: ¡Cuba por Isabel!

CORO.

Divisa eterna de Cuba fiel,
serán España, Dios é Isabel.



Parque de Inzikkoben.

LOCUCION HISTÓRICA.

PARECE UN AUTÓCRATA.

Equivale á hombre absoluto, persona que en lenguaje familiar decimos que no tiene rey que le mande ni papa que le excomulgue.

El emperador de Rusia es el que toma el título de AUTÓCRATA, que es lo mismo que decir soberano absoluto.

Autócratas en latín, viene del griego *autos* y *Kratos*, autoridad, potestad, fuerza, poder: la *autocracia* es, pues, el gobierno absoluto de un soberano, esto es, una potestad independiente, cuya fuerza y poder nace ó depende solo de sí mismo.

El título de *autócrata* era en otro tiempo la calificación especial de los emperadores de Bizancio ó Constantinopla.

En el día se aplica al monarca ó emperador de Rusia, quien toma el título de *Samoderjetz*, que es lo mismo que *autócrata*. *Samoderjetz* equivale, pues, á *del todo igual*, compuesto de las voces *sam*, el mismo, y *derjetz* que tiene: es decir, poder que tiene de sí mismo y que no debe á nadie.

En efecto, aunque en las determinaciones de este soberano pueden influir la tradición ó antiguos usos, su voluntad no tiene ningun limite ni restriccion legal. Ninguna carta, ninguna declaracion ha modificado en Rusia en manera alguna el poder monárquico absoluto.

El acta de eleccion de 1613, por la cual se confirió la corona de los czares á Miguel Romanof y á sus descendientes, aunque tiene la apariencia de una constitucion ó transaccion, no hizo mas que sancionar el poder absoluto.

Alejandro I, no obstante, cuyas luces y virtudes le habian elevado al mayor grado de ilustracion de su siglo, quiso substituir leyes sabias y justas á las decisiones arbitrarias de la suprema autoridad, y por su célebre declaracion de 1811 proclamó el solemne y eterno principio que *la ley era superior al soberano*.

El título de *czar*, que es el primero con que se distingue de los otros monarcas, es una corrupcion del de *césar*, que usaban los antiguos emperadores romanos.

El primero, que segun la historia, llevó el nombre de César fué Sesto Julio César, pretor el año 544 de Roma.

Desde este hasta Neron, el nombre quedó como un distintivo peculiar de la familia Julia, por haber nacido el primero de ella *Caso matris utero*; es decir, que para salir á luz fué menester abrir el costado de su madre: mientras otros quieren que venga de haber nacido con una larga cabellera, *Cesaries*, en latín.

Después que el Senado mandó que el sobrenombre de César que tuvo Cayo Julio, primer emperador romano, como descendiente de la familia Julia, fuese propio del heredero del imperio, pasó á ser un título de honor. Pero bajo los sucesores de Cayo Julio César, cuando el nombre de Augusto era peculiar á los emperadores, el de César se confería á la segunda persona del imperio ó al heredero presunto, sin que por esto dejase el emperador de llevarlo tambien.

Créese que Juan Basilowitz, que en 1474 principió á sacudir el yugo de los tártaros, fué el primero que le tomó; pero parece mas probable que no fué hasta el año de 1580, en que otro Juan Basilowitz, gran duque de Moscovia, echó los cimientos del engrandecimiento del imperio ruso.

Suponen otros que el título de *czar* no le tomaron hasta después que hubieron los rusos abrazado la religion de los griegos, y que antes llamaban á su soberano *Konger*, rey.

La esposa del emperador ó emperatriz se llama *czarina*, y el príncipe primogénito *czarowitz*.

El nombre *ortodoxo*, que toma tambien el emperador de Rusia, es compuesto de dos voces griegas, *orthos*, recto, y *doxo*, opinion; es decir, hombre de recta opinion ó sana doctrina en materias de religion, ó que cree firmemente las verdades decididas por la Iglesia, de la cual, es decir, de la griega cismática, es considerado como gefe.

Barcelona.

V. JOAQUIN BASTÚS.

MONTE DE SAN BERNARDO.

Es célebre en toda la Europa por su hospicio y por la caridad de los religiosos que lo habitan. Esta montaña, echada por decirlo así encima de las otras, era conocida en otro tiempo con el nombre de Monte de Júpiter. Algunos siglos después de la venida de Jesucristo, un sacerdote llamado Bernardo, natural de Val de Aoste, derribó un ídolo que adoraban en la montaña y fundó en el mismo sitio un convento, ó mas bien un hospicio para los viajeros, cualquiera que sea su profesión, y, lo que es todavía mas laudable, sea cual fuere el culto á que pertenezcan. Estos religiosos no ven en el viajero mas que á un *hombre* que tienen necesidad de socorros y de un asilo.

El hospicio es muy vasto y puede contener hasta seiscientas personas. Los cuidados de los buenos religiosos que lo habitan preservan á menudo de una próxima muerte á los viajeros extraviados.

VARIEDADES.

Fuentes minerales.—Se da esta denominacion á aquellos manantiales cuyas aguas contienen azufre, gas ácido carbónico, hierro, yodo, etc., y en general varias materias susceptibles de combinarse con el agua. Estas propiedades deben atribuirse á la naturaleza de las materias que componen los canales subterráneos que recorren las aguas.

Fuentes calientes.—Está casi probado que el interior de la tierra goza de una temperatura sumamente elevada; si el canal de una fuente baja á una grande profundidad para volver á salir á la superficie de la tierra, sus aguas deben adquirir la temperatura de las capas que vayan atravesando, y la deben conservar en su mayor parte hasta el orificio por donde salgan de las entrañas de la tierra.

Se acobardó tanto un torero en la plaza, que huía del toro como del demonio. Unos amigos suyos, que estaban en el tendido, temiendo que comprometiese su reputacion, lo escitaban á que abandonase la valla y saliese á torear.

—No os canseis, les dijo: el toro huye de mí, porque es gallina.

—¿De veras? le repuso uno; ¡pues si tú oyeras lo que va diciendo el toro de tí!

Una injuria que se desprecia, se destruye por sí misma: si se hace caso de ella es darle un valor que no tiene.

El distintivo de una mala causa, es principiar injuriando á la parte contraria.

La impolítica y la grosería son siempre criticables. Si es con relacion á una persona superior faltais á ella, si es con relacion á otra inferior os faltais á vosotros mismos.

Los indiscretos son como el cuadrante de un reloj, que señala por fuera lo que pasa por dentro.

Henchido de ambicion, llegó Severo á colmarla, rigiendo el pueblo Ibero, y apenas del poder hubo gozado volver ansiaba ya á su antiguo estado.
Tal es la triste condicion humana, lo que hoy se anhela despreciar mañana.

Huyendo Luis de contagiosa peste cruzó desde el naciente hasta el oeste, y apenas arribó al marcado punto un accidente le dejó difunto.

Es muy necio, ó al menos yo así opino, quien piensa huir la ley de su destino.

A. L. DE SABANDO.

SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Todo lo vence el amor ó la pata de cabra.

Por todo lo no firmado,

R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografia de D. Juan José Martínez,
calle del Arco de Santa María, núm. 7.